

SANTOS Y GASTRONOMÍA / 15

Girolamo Miani, un padre para los jóvenes abandonados

CULTURA

18_09_2021

*Liana
Marabini*



Era el año 1535, en Somasca, Bérgamo. En el refectorio hay un silencio absoluto. El hombre está sentado a la cabecera de la mesa de madera, a lo largo de la cual se encuentran los niños, que tienen entre cinco y diez años. Comen en silencio, las

pequeñas manos agarran el pan. Lo utilizan para limpiar los platos, que hace apenas unos minutos estaban llenos de *casoncelli*, la pasta rellena de carne que se come en la región en los días de fiesta. El hombre siente que se le encoge el corazón al pensar que, si él y sus hermanos no hubieran aparecido, los pequeños estarían en la calle, a merced del mal tiempo y de los malintencionados. Los habían recogido y llevado al monasterio, donde los estaban alimentando, antes de dejarlos dormir seguros dentro de la casa. Al día siguiente encontrarían una solución.

Eran huérfanos, o simplemente los dejaron en la calle por sus padres, que ya no podían cuidarlos porque eran demasiado pobres y tenían demasiados hijos. Sus rostros demacrados, sus cabellos fibrosos y descuidados, sus ropas andrajosas hablan de pobreza y privación, del frío que se sufre en la noche y de los miedos que se padecen durante el día. Y, mentalmente, agrega el hombre, falta de vida espiritual. Justo comenzarían desde allí con estos pequeños desafortunados: desde el catecismo.

El hombre es Girolamo Miani (1486-1537), también llamado Emiliani. En los diversos documentos, el apellido Miani a menudo se alternaba con su variante latina "Emiliani", pero en realidad es una ortografía incorrecta que se deriva del intento de reconectar a la familia con la antigua *gens Aemilia*. En sus cartas, Girolamo siempre firmó Miani.

Para cuando comienza la historia, él tiene 49 años y habría vivido otros dos años. Nació en Venecia en 1486, en una familia patricia. Había tenido una infancia feliz y una buena educación. Tenía 22 años cuando estalló la guerra de la Liga de Cambrai y toda la aristocracia veneciana se movilizó, incluso a sus expensas, en defensa de la República de Venecia. La Liga de Cambrai fue una coalición militar contra la República de Venecia formada el 10 de diciembre de 1508 por las principales potencias europeas (Sacro Imperio Romano Germánico, España y Francia) para mantener la hegemonía sobre varios territorios de la península italiana. Se le unieron: Maximiliano I de Habsburgo (Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico), Luis XII (Rey de Francia, Duque de Orleans), Fernando II de Aragón (Rey de Nápoles y Rey de Sicilia), Papa Julio II, Alfonso I de Este. (Duque de Ferrara), Carlos II (Duque de Saboya), Francesco II Gonzaga (Marqués de Mantua) y Ladislao II (Rey de Hungría).

Para entender en pocas palabras el motivo de esta alianza, citamos el Manifiesto del Emperador Maximiliano I como preámbulo del Tratado de Cambrai:

"(...) para detener las pérdidas, los insultos, los robos, el daño que los venecianos han causado no solo a la Santa Sede Apostólica, sino al Sacro Imperio Romano Germánico, a

la Casa de Austria, a los Duques de Milán, a los reyes de Nápoles y muchos otros príncipes ocupando y usurpando tiránicamente sus bienes, sus posesiones, sus ciudades y castillos, como si hubieran conspirado para el mal de todos (...). Por eso nos pareció no sólo útil y honorable, sino también necesario llamar a todos a una justa venganza para extinguir, como un fuego común, la insaciable codicia de los venecianos y su sed de dominación”.

En estas condiciones históricas y tras la reconquista de Padua el 17 de julio de 1509, aproximadamente 300 patricios voluntarios abandonaron Venecia. Girolamo, junto a sus hermanos Luca y Marco Miani, estuvo entre ellos, participando en la victoriosa defensa de Padua. Durante dos años los hermanos Miani prestaron lealtad a la República de San Marco, combatiendo y custodiando, junto con otros 50 patricios voluntarios, en el castillo-guarnición de Quero.

El 27 de agosto de 1511 las tropas alemanas estacionadas en el campamento francés del general Jacques de La Palice (1470-1525), en Montebelluna, partieron para reincorporarse al ejército imperial en Valsugana al mando del capitán Mercurio Bua, pasando por el castillo de Quero. Una vez allí, el castillo fue sitiado y conquistado en un día. De los cincuenta defensores iniciales, solo tres sobrevivieron, incluido Girolamo, que fue hecho prisionero y llevado a Montebelluna el 2 de septiembre. La comida escaseaba en el campo y debido a las precarias condiciones de los soldados muchos de los prisioneros lograron escapar a Treviso. Después de trasladarse a Nervesa y detenerse allí durante dos semanas, el 27 de septiembre de 1511 el ejército llegó a la ciudad de Torre di Maserada por la noche; mientras las tropas se preparaban para llegar a Breda di Piave, Girolamo logró escapar y llegar a Treviso.

Aquí vale la pena detenerse un momento para comprender el estado de ánimo de Girolamo. En ese período de encarcelamiento había tocado fondo: soledad, hambre, desesperación, incertidumbre de su propia supervivencia. Comprendió de primera mano lo que significaba estar solo, sin recursos y sin esperanza. Solo que no perdió la esperanza. En efecto, una fuerza increíble forjó su alma, porque descubrió el poder de la oración: comprendió que, si tenía a Dios, no estaba solo, no estaba desesperado, no tenía hambre y no estaba sin esperanza. En la noche de su fuga, encadenado y con una bola de mármol pegada al tobillo, hizo un voto a la Madonna Grande de Treviso, rogándole que le diera la libertad. Y la tradición dice que Nuestra Señora le dio las llaves de la prisión y logró escapar en silencio del campamento.

A partir de ese momento Girolamo inició una vida de caridad y amor al prójimo. El cardenal Gian Pietro Carafa, futuro Papa Pablo IV, se convirtió en su confesor,

desempeñando un papel muy importante en la vida espiritual de Girolamo. Él, que había tocado fondo durante su cautiverio, decidió marcar una diferencia en la vida de quienes se encontraban en la misma situación, aunque por razones diferentes. Y así se convirtió en el benefactor de marginados de diversos orígenes: ofreció un techo para todos, educación para huérfanos, trabajo honesto para vagabundos y prostitutas, un hogar para padres con numerosos descendientes que vivían como mendigos y un fin digno para los enfermos terminales.

Girolamo tuvo una vida plena, dedicada al prójimo; vio muchos lugares, conoció a tanta gente e hizo muchas cosas (lo llamaron "el vagabundo de Dios"), pero la más notable es la de haber fundado en 1532 la Compañía de las Siervas de los Pobres de Cristo - más tarde conocida como los **Padres Somascos** y todavía próspero - con la intención de dedicarse a los que la sociedad había rechazado: estaba convencido de que Dios los amaba y quería hacer su voluntad. Con una energía y creatividad de la que se sorprendía él mismo, creó numerosas comunidades de acogida, centradas en la educación para el trabajo, la caridad y la devoción: era un método educativo verdaderamente vanguardista para la época. Milagrosamente, las ayudas no se hicieron esperar y los centros de ayuda para los pobres se multiplicaron rápidamente. Girolamo hizo todo lo posible sin escatimar durante la epidemia de peste que invadió Verona, Brescia, Como y Bérgamo. Murió de la peste en 1537.

Fue proclamado santo por Clemente XIII en 1767 y declarado patrón de los huérfanos y de la juventud abandonada en 1928 por Pío XI. Su historia es emblemática y nos enseña que la gracia de Dios puede tocar a cualquiera, en las circunstancias más inesperadas: basta abrir el corazón.